

## ENTREVISTA PRESIDENCIAL CLARIFICADORA

En la sección "Documentos" de esta edición, nuestra revista reproduce íntegramente una entrevista concedida por el Presidente Pinochet al diario "La Tercera de la Hora", a fines del mes pasado, ya que su contenido proyecta su interés en el tiempo, mucho más allá de la mera circunstancia ocasional en que ella tuvo lugar.

En efecto, pocos días antes y hablando improvisadamente al voluntariado femenino, S.E. había manifestado su preocupación por el futuro de Chile, una vez que culmine el actual Gobierno. Al respecto, se interrogó a sí mismo diciendo: "¿Qué será de este país después que pase este Gobierno?". Y entre algunas de las hipótesis que le inquietan, añadió: "¿Volverán los partidos políticos?".

Las palabras del Jefe del Estado provocaron desconcierto en algunos sectores, probablemente porque el estilo más habitual con que él se dirige a la ciudadanía —casi siempre resuelto e imperativo— contrastaba con esta suerte de reflexión interior en voz alta que empleó en esa oportunidad.

Sin embargo, y miradas las cosas más a fondo, nada autorizaba a darle a tal intervención un signo diverso al del legítimo derecho que asiste a todo gobernante para expresar sus explicables inquietudes frente al futuro, máxime cuando se trata de consolidar una institucionalidad sustancialmente distinta a la que precediera al actual Gobierno. ►

Pese a ello, la reacción de ciertos sectores se insinuó ya sea alarmista o bien simplemente torcida.

Por una parte, surgieron algunos voceros de la oposición partidista tradicional, pretendiendo acusar al Presidente Pinochet de estarse desentendiendo del compromiso democrático asumido por el Gobierno al aprobar y plebiscitar la Carta Fundamental hoy vigente.

Dichos opositores sostuvieron que las palabras presidenciales dejaban en un supuesto entredicho tanto el cronograma y los plazos constitucionalmente fijados para alcanzar la integral vigencia de la nueva institucionalidad democrática, como también la voluntad gubernativa de implementar el contenido de esta última, aún en los términos que la propia Carta establece, incluidos los partidos políticos que ella regula como elementos inherentes a toda plena democracia.

Tales interpretaciones se vieron favorecidas por la actitud que, desde el otro extremo del espectro político, asumieron los solitarios —pero pertinaces— exponentes de posturas fascizantes, conocidas hasta la saciedad durante el debate previo a la definición constitucional, y descartadas definitivamente por la fórmula que prevaleció, y que hoy rige como Carta Fundamental.

No obstante declararse partidarios del Gobierno —y especialmente del Jefe del Estado— esos personeros no trepidaron en plegarse a una antojadiza interpretación de las palabras presidenciales, coincidiendo con los opositores partidistas en presentarlas como presuntamente contrapuestas al texto constitucional que S.E. mismo propusiera al país, y que luego jurara solemnemente cumplir y hacer cumplir.

La molestia con que los sectores en cuestión han mirado siempre el

compromiso gubernativo de avanzar gradualmente hacia una nueva, pero verdadera democracia, los ha llevado a rechazar el establecimiento de todo plazo preciso para alcanzar su plenitud. Con mayor fuerza aún han impugnado, respecto de nuestro futuro democrático, la consagración del sufragio universal como método predominante para generar las autoridades políticas, la existencia de partidos políticos como conductores válidos (aunque no monopolísticos) para canalizar la participación política y ciudadana y, en fin, el reconocimiento de cualquier forma de pluralismo ideológico para determinar la conducción del Estado, procurando el reemplazo de todo ello por fórmulas corporativistas de sello fascistoide, o por una absurda e imposible perpetuación del Gobierno militar, que nuestras propias Fuerzas Armadas invariablemente han rechazado.

La reiteración de los mencionados planteamientos no hubiera sorprendido —ni siquiera ya interesado— a nadie, si no hubiese mediado la aventurada maniobra reciente de intentar comprometer en ellos al Presidente de la República, haciendo aparecer sus palabras al voluntariado femenino como supuestamente contrapuestas a las opciones diversas y democráticas escogidas por el texto constitucional vigente. Nada pareció importar lo lesivo que tal pretensión resultaba para el prestigio del Jefe del Estado, a quienes proclamándose sus partidarios, se sumaron a esta artimaña de mezquinos propósitos.

Sin duda, S.E. habrá debido estimar inconvenientemente dejar flotando tan graves e infundadas interpretaciones de sus palabras.

Una presunta falta de confianza presidencial en el camino constitucionalmente definido y comprometido por el Gobierno militar como meta de su obra, y como justificación de su

continuidad hasta 1989, sólo habría podido tener por efecto práctico erosionar la estabilidad política de S.E., que la Carta Fundamental afianza hasta esa fecha con toda la fuerza de un veredicto popular expreso, cual fue el plebiscito de 1980.

Quizás ello implica la rapidez y contundencia con que el Presidente Pinochet puso término a las descritas especulaciones sobre sus palabras, clarificando su verdadero punto de vista al respecto en una de sus entrevistas mejor logradas, y que "REALIDAD" reproduce completa en este número.

En ella, S.E. reafirma que su inquietud no está referida a la validez de la nueva democracia que la Constitución diseña, sino al imperativo de implementarla, para afianzarla frente a los riesgos de cualquier intento —por lo demás latentes— de restablecer los esquemas que se derrumbaron definitivamente en 1973. Precisa, asi-

mismo, que su alusión a los partidos políticos, obviamente está dirigida a los que existían en ese año, y no a los nuevos que se estructuren de acuerdo a la Carta de 1980, la cual contiene normas claras para circunscribirlos al campo que les es propio y regular su adecuado funcionamiento. Confirma, además, que los plazos del itinerario constitucional "no están en juego".

De su lectura queda claro que, lejos de toda desconfianza sobre la solidez y eficacia de las metas democráticas constitucionalmente trazadas, y de los plazos para alcanzar —en forma progresiva— su plena vigencia, el Presidente Pinochet ve precisamente en el camino político-institucional escogido, el rumbo más adecuado para desalentar el retorno a los vicios politiqueros del pasado previo a 1973, y consolidar así en el tiempo los frutos positivos de la tarea emprendida por el actual Gobierno.

# R